

THE REV. JEFF R. JOHNSON

University Lutheran Chapel of Berkeley

pastor@ulcberkeley.org

As we are in the midst of the coronavirus pandemic, what have you learned personally and as a pastor that you would bring to leading the Sierra Pacific Synod?

Everything these days is a struggle: just finding the minimal level of energy we need for the work we have to do; just staying alive, staying healthy, and staying safe; providing for our families and keeping our jobs; and trying to hold together our beloved communities of faith as we move forward, show up, resist, and reach out.

Months now into this global health emergency, we still have no trustworthy assurance that we are close to the end of this crisis. Centuries of being shaped destructively under what Bishop Curry of the Metro Chicago Synod calls the “pandemic of systemic racism and perpetual brutality exercised against black and brown bodies” we know all too well how hard and punishing is the liberation road in front of us. No doubt we are overwhelmed and infuriated, confused and exhausted. There is a daily torrent of heartbreak, difficulty, and real danger all around us.

More than ever, we need the encouragement, strength, and solidarity at the heart of our faith. “Since it is by God’s mercy that we are engaged in this ministry,” writes St. Paul in his ancient letter to the people of Corinth, “We do not lose heart. We are experiencing all kinds of trouble, but we aren’t crushed. We are confused, but we aren’t depressed. We are harassed, but we aren’t abandoned. We are knocked down, but we aren’t knocked out.”

Friends, we’re not yet very far along with any of what’s happening and there’s a long road and a lot of work ahead of us. We need righteous anger, tenacity, and resilience. We need to listen deeply to those most at risk and to forge deep and sustainable alliances for the long-haul work of systemic and structural transformation. We need forbearance for each other and the consolation of connection. As disciples of Christ our task is as clear now as it has ever been: to love our neighbors boldly and courageously, with the same love and righteousness we have experienced ourselves.

Remember Paul’s ancient words: we aren’t crushed, we aren’t depressed, we aren’t abandoned, and we aren’t knocked out. By God’s mercy we are engaged in this ministry and alongside our neighbors in love and solidarity. And together, we do not lose heart.

God bless you and God bless the people and work of this synod.

There seems to be an awareness that our society is facing a growing crisis of spiritual rootlessness. How would you lead this synod to more publicly present a path forward?

People in our neighborhoods are restless. Many seek to belong to faith communities whose practice of spirituality is as healthy and robust and capable of challenging the the injustice and inequality they experience. The hard work, for example, of dismantling white supremacy or confronting heterosexism requires a practice of spirituality that takes seriously the rootedness of systemic evil. Many can't easily trust that the church is relevant in the face of injustice or that we are committed to the daily struggles for survival and well being.

The spiritual rootlessness we sense is an indictment of our church's incapacity; the studied suspicion of the church's long-held tolerance for injustice and its irrelevance to the structural inequities mounting up around the globe. It is a sign of the dereliction of our responsibility before the Gospel and our failure to be effectively at work in the world. How can we be trusted to stand with those who seek genuine relationship and who want to make a difference in the world?

Too many awful things that have happened under the banner of Christianity and in the name of our sibling Jesus. Time and time again, our witness to the Gospel has been compromised by our captivity to the status quo. We have been too cozy with the establishment, protecting the powerful and well-connected. When the injured call for solidarity, we have muted our response. When the vulnerable cry for justice, we muffle our critique and retreat into our private sanctuaries. We have been missing as a partner in the public square, failing to speak boldly to the most life changing issues of our era.

Our neighbors are appropriately wary. They can't automatically assume that we are able to organize effectively with them and to show up publicly when it gets risky.

The Rev. Anna Blaedel reminds us that our "capacity to trust one another, and be trustworthy with and for one another, depends upon our capacity for telling, recognizing, and insisting on the truth. Living trustworthily becomes possible by living truthfully."¹

As Lutherans, there is hard work ahead of us if we are to respond to the restless, rootless seekers who are weary and wary of getting too close to church people. It might start with telling the truth about why we've so often been missing. And it might lead to our rediscovery of a model of discipleship that would have been familiar to Jesus: a model where the love our neighbors is central, bold, and courageous and consumes us all the way to the cross, encountering God's mercy and loving kindness every step of along the journey.

¹ *The Rev. Anna Blaedel, "Becoming Trusty and True," 2020 Enfleshed.*

EL REV. JEFF R. JOHNSON

Capilla Luterana de la Universidad de Berkeley
pastor@ulcberkeley.org

Como estamos en medio de la pandemia de coronavirus, ¿qué ha aprendido personalmente y como pastor que aportaría al trabajo de dirigir el Sínodo de la Sierra Pacífico?

Todo en estos días es una lucha: simplemente encontrar el nivel mínimo de energía que necesitamos para el trabajo que tenemos que hacer; simplemente mantenerse vivo, mantenerse saludable y mantenerse a salvo; proveer para nuestras familias y mantener nuestros trabajos; y tratar de mantener unidas a nuestras queridas comunidades de fe a medida que avanzamos, nos presentamos, resistimos y extendemos la mano.

Meses después del comienzo de esta emergencia de salud mundial, todavía no tenemos ninguna garantía confiable de que estamos cerca del final de esta crisis. Siglos de molde destructivo bajo lo que el Obispo Curry del Sínodo de Metro Chicago llama la "pandemia del racismo sistémico y la brutalidad perpetua ejercida contra los cuerpos negros y marrones" sabemos muy bien lo duro y castigador que es el camino de liberación frente a nosotros. Sin duda estamos abrumados y enfurecidos, confundidos y agotados. Hay un torrente diario de angustia, dificultad y peligro real a nuestro alrededor.

Más que nunca, necesitamos el aliento, la fuerza y la solidaridad en el corazón de nuestra fe. "Como es por la misericordia de Dios que estamos comprometidos en este ministerio", escribe San Pablo en su antigua carta al pueblo de Corinto: "No perdemos el corazón. Estamos experimentando todo tipo de problemas, pero no estamos aplastados. Estamos confundidos, pero no estamos deprimidos. Estamos acosados, pero no abandonados. Estamos derribados, pero no estamos noqueados".

Amigos, todavía no estamos muy lejos de lo que está pasando y hay un largo camino y mucho trabajo por delante. Necesitamos ira justa, tenacidad y resiliencia. Tenemos que escuchar profundamente a los más afectados y forjar alianzas profundas y sostenibles para el trabajo de largo tiempo de transformación sistémica y estructural. Necesitamos tolerancia el uno para el otro y el consuelo de la conexión. Como discípulos de Cristo, nuestra tarea es tan clara ahora como siempre lo ha sido: amar a nuestros vecinos con audacia y valentía, con el mismo amor y rectitud que nos hemos experimentado.

Recuerdan las antiguas palabras de Pablo: no estamos aplastados, no estamos deprimidos, no estamos abandonados y no nos noqueamos. Por la misericordia de Dios estamos comprometidos en este ministerio y junto a nuestros vecinos en amor y solidaridad. Y juntos, no perdemos el corazón.

Dios los bendiga y Dios bendiga al pueblo y el trabajo de este sínodo.

Parece haber una conciencia de que nuestra sociedad se enfrenta a una creciente crisis de desarraigo espiritual. ¿Cómo llevarías este sínodo a presentar más públicamente un camino hacia adelante?

La gente de nuestros vecindarios está inquieta. Muchos buscan pertenecer a comunidades de fe cuya práctica de espiritualidad es sana y robusta y capaz de desafiar la injusticia y la desigualdad que experimentan. El trabajo arduo, por ejemplo, de dismantelar la supremacía blanca o enfrentar el heterosexismo requiere una práctica de espiritualidad que se toma en serio el arraigamiento del mal sistémico. Muchos no pueden confiar fácilmente en que la iglesia es relevante frente a la injusticia o que estamos comprometidos con las luchas diarias por la supervivencia y el bienestar.

El arraigamiento espiritual que sentimos es una acusación de incapacidad de nuestra iglesia; la estudiada sospecha de la larga tolerancia de la iglesia a la injusticia y su irrelevancia a las inequidades estructurales que se acumulan en todo el mundo. Es un signo de la falta de nuestra responsabilidad ante el Evangelio y de que no hayamos estado efectivamente trabajando en el mundo. ¿Cómo se puede confiar en nosotros para estar con aquellos que buscan una relación genuina y que quieren hacer una diferencia en el mundo?

Demasiadas cosas horribles han sucedido bajo la bandera del cristianismo y en el nombre de nuestro hermano Jesús. Una y otra vez, nuestro testimonio del Evangelio se ha visto socavado por nuestro cautiverio al status quo. Hemos sido demasiado acogedores con el establecimiento, protegiendo a los poderosos y bien conectados. Cuando los heridos llaman a la solidaridad, hemos silenciado nuestra respuesta. Cuando los vulnerables claman justicia, amortiguamos nuestra crítica y nos retiramos a nuestros santuarios privados. Hemos estado desaparecidos como socios en la plaza pública, sin poder hablar con valentía sobre los problemas más cambiantes tocante a la vida de nuestra era.

Nuestros vecinos son apropiadamente cautelosos. No pueden asumir automáticamente que somos capaces de organizarnos eficazmente con ellos y aparecer públicamente cuando se pone arriesgado.

La reverenda Anna Blaedel nos recuerda que nuestra "capacidad de confiar el uno en el otro, y ser dignos de confianza y el uno para el otro, depende de nuestra capacidad para decir, reconocer e insistir en la verdad. Vivir con confianza es posible viviendo con veracidad".¹

Como luteranos, hay mucho trabajo fuerte por delante si queremos responder a los buscadores inquietos y sin raíces que están cansados y cautelosos de acercarse demasiado a la gente de la iglesia. Podríamos empezar con decir la verdad sobre por qué hemos estado tan a menudo desaparecidos. Y podría conducir a nuestro redescubrimiento de un modelo de discipulado que habría sido familiar para Jesús: un modelo donde el amor de nuestros vecinos es central, audaz y valiente y nos consume hasta la cruz, encontrando la misericordia de Dios y la bondad amorosa en cada paso del camino.

¹ *The Rev. Anna Blaedel, "Becoming Trusty and True," 2020 Enfleshed.*